

mismos ojos. Diríase que Phocios como el de Oriente; que Luteros y Calvinos como los de Alemania y de Suiza; que profetas como aquellos cuya palabra despertaba las hordas en el desierto africano y las conducía rápidamente á constituir un pueblo; que todos estos reformadores, tantas veces engrandecidos á nuestros propios ojos, surgen tambien allá en los albores misteriosísimos del mundo y de la historia para impulsar á una sociedad, sembrada de mónstruos, y tan apartada de nosotros como ciertas edades geológicas en la larga y propecta vida del planeta. La herejía entra hasta en el seno de religiones defendidas por ejércitos sacerdotales y hasta en el ánimo de pueblos petrificados en sus antiguas creencias. Y entra con los mismos caracteres que tienen las herejías modernas, protestas de la conciencia individual contra las teocracias históricas. Difícil seguir los rastros de la herejía budista en las páginas de la historia india. Pero los reformadores han tenido sus Bautistas, que les han abierto el camino á la victoria con una sublevacion formidable contra las jerarquías hieráticas del sacerdocio histórico. Los brahmanes sostienen el carácter revelado del libro sacrosanto de los Vedas y el reformador lo niega; los brahmanes sostienen la divina mision que á su colegio sacerdotal han por milagrosas trasmisiones conferido los dioses, y el reformador lo disputa; los brahmanes dirigen las ceremonias religiosas, recogen las cenizas de los muertos, pronuncian las sentencias oraculares para instruir á los vivos, y el reformador les dice que el triple báculo de los ascetas, que la ceniza de los penitentes, que los oficios todos divinos no son otra cosa sino industrias de vividores, los cuales, sin sentido comun en la inteligencia y sin corazon humano en el pecho, no creen que las víctimas sagradas, ofrecidas en holocausto, se vayan al cielo, porque entonces inmolarian á sus propios padres, ni que los muertos estén en comunicacion con los vivos, porque ellos mismos despertarian del sueño eterno y traerian de la tierra oscura á las personas queridas que han pasado de esta á otra existencia; de todo lo cual concluye por una serie de deducciones irreverentísimas que el brahmanismo es un expediente y nada mas que un expediente inventado para darse buena vida el sacerdocio indio. ¿No creeríais estar oyendo una invectiva de los protestantes europeos contra la teocracia romana? Pues eso demuestra que la vida religiosa como la vida científica, y que la vida cientí-

fica como la vida artística se sujetan á leyes, cognoscibles solo por el atento estudio de la historia, bajo cuyos movibles y cambiantes hechos se encuentra siempre el fondo inmóvil de las ideas y la esencia eterna del espíritu.

Si la historia política ofrece en sus páginas una larga continuacion de campos de batalla, la historia religiosa ofrece otra larga continuacion de incruentos, pero angustiosísimos combates del espíritu. ¡Cuántos templos, refugio de los humanos dolores, se han caido á pedazos; cuántas aras olientes á la mirra é incienso, llenas de ofrendas inmortales, se han roto á la tempestad de las ideas como el mástil y las tablas del buque al oleaje del mar; cuántos dioses cuyo aliento pulsó arpas de oro y avivó inspiraciones de poesía han naufragado, como míseros nautas, en los encrespamientos de la conciencia universal; cuántos santuarios en que la vírgen fijaba los velos de sus desposorios y el héroe los trofeos de su victoria, y el moribundo la última luz de sus ojos, y el niño la primera oracion que aleteara en su alma, cuántos santuarios, decia, sostenidos en la invisible fe se han derrumbado como frágiles hogares de pasajeras familias, creyéndose tan duraderos y tan grandes como la eternidad! Por pocos pasos que en los senderos de la tierra demos, saldrán-nos al encuentro esas misteriosas ruinas, á las cuales bien podríamos llamar esqueletos de las almas. Yo he visto crecer la ortiga en los santuarios y trepar la zarza por los arcos ojivales de nuestros monasterios; yo he visto caerse con estrépito en frias piedras las cúpulas góticas por donde las oraciones subian á las alturas; yo he visto presos en los museos de los bárbaros los dioses cantados por Homero y esculpidos por Fidias, mas llorosos y mas tristes que el Edipo de Sófocles en los aromosos valles de Colonna; yo he visto el templo de Neptuno en Pœsthum sin techumbre y sin altar, cubierto el pavimento de helechos, habitado el rosáceo intercolumnio, que parece una estrofa de Píndaro, por nubes de cuervos, lanzando los graznidos de la muerte; yo he visitado la Caverna de Cumas sin encontrar su Sibila y el archipiélago de las Sirenas sin encontrar su Circe; yo he contemplado los cabos en cuyas ondas se retrataban las divinidades helénicas llenas de hermosura, sin templos y sin estatuas; y en todos estos cementerios de ideas, he escuchado el sollozo que alza el creyente al ver morir aquella fe, en la cual creia vinculada, con su propia inmortalidad, la inmortalidad de sus hijos. Tristeza inmensa la del sacerdote

indio al saber que sus dioses eran como una colección de nombres sin objeto; la del griego al sentir que la Nereida desaparecía en los arroyos y la Ninfa en los bosques; la del judío al mirar derruido el templo, profanado el Tabernáculo, rotos los velos del santuario, dispersos y errantes los hijos de Israel; la del romano al despedir desde lo alto del Capitolio aquellas divinidades que acompañaran á sus legiones en la conquista del orbe; tristeza inmensa de todos, que da á la historia el tono fúnebre de un poema elegíaco y que angustia y oprime el corazón del historiador con verdaderas ansias de muerte. Pero ¡ahl que Dios está siempre en el cielo, la libertad siempre en el alma, el tiempo fluyendo siempre como un río sin riberas desde las cimas de la eternidad, las sociedades humanas siempre trasformándose al calor desarrollado por su continuo movimiento; y donde parece que se extingue un astro, nacen otros con nuevos resplandores y donde parece que se acaban unas creencias, despiértanse otras con alas mas voladoras y mas bellas para acercarse y subir á lo infinito.

Así á las religiones antiguas sucedió la religion cristiana. El espíritu humano hallábase convenientemente apercebido á esta sublime visita. Cuatro pueblos, ó mejor dicho, cuatro ciudades habian arrojado sus pensamientos como otros tantos metales fundidos para forjar las bases incontrastables de la nueva historia. Estas cuatro ciudades fueron Jerusalem la santa, Atenas la hermosa, Roma la heróica, Alejandría la sabia. El pueblo de Jerusalem, es decir, el mas desgraciado de todos los pueblos, trajo la idea mas alta, la idea de Dios; y la virtud mas fecunda, la eficaz virtud de la esperanza. Rodeado por el desierto, en la tierra estéril de Palestina, brotaron á un mismo tiempo dos sentimientos, uno de tristeza, fundado en la decadencia y perversidad del pueblo, y otro de alegría, fundado en la esperanza de que la rehabilitacion de ese pueblo verificárase en el mundo por medio de un Mesías. La venida del prometido á la nacion se adquirió á las orillas de extranjero río, á la sombra de los sauces donde colgaban sus arpas los profetas. Despues del destierro, cuando Zorobabel emprende la reconstruccion del templo de Dios, parece como que la esperanza mesiánica se entibia. Pero á medida que los guerreros venidos de diversos puntos levantan las nubes de polvo en los límites del desierto tras las cuales centellean y fulminan las espadas de los ángeles exterminadores, el

pueblo de Israel manda á sus jornaleros que sieguen el trigo y que pisen la uva porque los ejércitos celestes se aproximan envueltos en la tempestad, y los malvados corren á esconderse en las cavernas, y la cólera divina, llevando por ministros y mensajeros el hambre, la matanza y la peste, desconciertan á los enemigos del pueblo escogido, cuyos hijos podrán calentarse siete años echando á sus hogares los palos de las lanzas cogidas en esta espantosa victoria. Durante los tiempos de la dominacion griega, á la cual estuvo sujeto ese pueblo como todos los pueblos del Oriente por las conquistas de Alejandro y por el reparto de esas conquistas entre los capitanes sucesores del héroe, viéronse las puertas del templo de Jerusalem abiertas de par en par, y sobre el ara misma de Jehová el altar profano en que se erguia el Zeus de los helenos: tremenda catástrofe, que inspiró á Daniel sus visiones, en cuyos espacios dibujábanse cuatro animales simbólicos que eran los cuatro imperios enemigos de Israel, y un hombre misterioso, venido del cielo de Elías, que era el destinado á inaugurar la edad mesiánica para gloria y consuelo de la tierra de Judá. Apenas se puede abrir un libro judío ni estudiar un acontecimiento histórico de los tiempos de persecucion y de prueba, cuando el choque de los grandes imperios hace retemblar las paredes del templo de Jerusalem sobre sus cimientos, sin que se vean surgir en el estilo apocalíptico de los profetas las esperanzas confiadas al Mesías, al prometido y enviado del cielo. El aliento abrasador de estas esperanzas infundió en el alma de los Macabeos la cólera divina, que les llevó á combatir, como los héroes griegos, con el mismo aliento, con la misma audacia, con el mismo arte, por la tierra de sus padres y por el templo de sus leyes. Al reclamo de las esperanzas mesiánicas la vieja Sibila de Eritrea se acercó al templo de Jerusalem, y pudo decir en palabras simbólicas, no escuchadas antes de los labios de ningun profeta, que los impíos reinos de Gog y de Magog serian devorados por antorchas desprendidas del cielo para alimentar voracísimo incendio; y que tras aquella catástrofe vendria, como la alborada tras la noche, enviado de Dios, el Mesías prometido á las gentes, para darles el reinado de la justicia y de la paz. Las angustias del pueblo de Israel crecen; nuevos soldados, como los de Antioco, llegan á sus murallas, se pasean calzados por los pavimentos de su templo, y profanan á las hermosas hijas de Judá. El desierto ve á los descendientes de

Abraham, no salir de Egipto, como en aquellos días en que les guiaba Moisés, sino dirigirse á Occidente tras la zaga de los carros de guerra, atadas las manos á la espalda y cargados de abrumadoras cadenas, en guisa de tristes y misérrimos esclavos. Y en medio de todas estas angustias, á medida del dolor, crece la esperanza que, segun van cayendo los muros de la Ciudad Santa á los golpes de la catapulta romana y van tronchándose las columnas del templo de Salomon al empuje de las irrupciones extranjeras, recoge de las promesas mesiánicas regadas por el lloro de un pueblo, la nueva ciudad santa, la nueva Jerusalem celeste, la nueva arca de la alianza, el nuevo iris flotando entre las nubes tonantes y los Océanos de sangre. Pompeyo ha triunfado; ha roto el muro que guardaba á la esposa de David; ha vencido á los guerreros que velaban el sueño de la señora de las gentes; lo ha podido todo, lo ha alcanzado todo, menos desarraigar la raíz de aquellas esperanzas, que parecen crecer con el abono que les presta el rescoldo de las cenizas amontonadas sobre ellas. Así, cuando los prefectos ó procuradores romanos continúan, despues de Pompeyo, esta obra de la tiranía y remachan la esclavitud de Israel, encontramos las esperanzas mesiánicas, descendiendo de las estancias de los profetas á mezclarse en la vida ordinaria, en los dichos vulgares, en las consejas y en los refranes del pueblo. El judío que ve pasar por las puertas de su casa maldecida al guerrero romano, murmura en los oídos de su hijo, á media voz, y en palabras entrecortadas á veces por el sollozo, la venida del heredero de David, del rey de los judíos, que debe restaurar el reino de Israel, antes del cual descenderá del cielo su precursor Elías, y despues del cual se hincarán de hinojos ante las puertas del templo todos los pueblos del mundo. Ya ha nacido, ya, se dicen los unos á los otros en su angustia; solo que se halla oculto mirando el horizonte para columbrar las señales que deben decir á la tierra su misteriosa revelacion. Apenas venido, tenderá su mano, y quebrantará el yugo extranjero; alzará su voz, y reunirá á todos los cautivos dispersos en todos los pueblos de la tierra. Y los hijos de Israel recogerán los despojos de todos los campos de batalla y reinarán sobre sus mismos dominadores. Estas nubes del alma, ardientes y rojas como las que enciende el sol de los desiertos, suscitaron mil rebeliones inútiles, en las cuales se acrecentaba el número de los sacrificios estériles, sin que apareciese jamás la sombra del

escarmentador desengaño. Al contrario, la aspiracion sublime, henchida por el aliento de las almas heróicas que se escapaban del mundo; esa aspiracion tenaz é incontrastable, tomaba cuerpo y sangre y vida y calor en la persona de un penitente alimentado con yerbas del campo, vestido con pieles de alimañas, desnudo de cabeza y de piés, el Bautista, que daba grandes clamores en las soledades áridas de Palestina, llamando á todos á que lavaran su interior con el arrepentimiento de las culpas, su carne con las aguas del Jordan, para prepararse en estas ceremonias simbólicas y recibir y abrazar la buena nueva, traída por el espíritu divino. Esta predicacion religiosa no pudo durar largo tiempo, porque Herodes Antipas la cortó degollando al profeta. Pero la pertinacia de la idea mesiánica, surgida en el seno de tantas y tan consoladoras esperanzas, la pertinacia de esa idea, que evoca la imágen de la patria en las orillas de extranjero rio; que consuela á los cautivos del Eufrates; que sostiene á pobres niños entre las llamas de los hornos y á viejos profetas entre las uñas de los leones; que crece así bajo el cetro de Antioco el sirio como bajo la espada de Pompeyo el romano; que suscita los esfuerzos sublimes de los Macabeos y el suicidio de cien generaciones combatientes; que opone á cada tirano un profeta, el cual anuncia la caída de Nínive y de Babilonia y de Roma con igual seguridad y con igual certidumbre; que escribe innumerables apocalipsis, en cuyos fantásticos versículos vienen los ángeles exterminadores á segar los ejércitos enemigos y los enviados divinos á facilitar las vías de las nuevas edades; esa idea mesiánica que un coro de sacerdotes entona en Judea y otro coro de Sibilas en los mares de Grecia y de Italia, habia cincelado la tierra y apercebido el espíritu en aquella hora de santidad, creadora de los futuros tiempos, en que apareció en la penumbra de las antiguas y de las nuevas edades la divina imágen del Cristo como á cumplirla para que no se pierda ningun grande esfuerzo en el mundo y no se malogre ninguna de las promesas dadas y de las revelaciones hechas por el espíritu de Dios al espíritu del hombre.

Si el Judaismo dió á la religion cristiana la idea del Criador y la esperanza mesiánica, dióle el Helenismo un gran número de ideas metafísicas. Pocas palabras expresarán de manera tan gráfica un conjunto de tradiciones y de principios, como esta palabra: «Helenismo.» Si volvemos los ojos á los varios horizontes de nuestra vida; si estudiamos la ciencia, el arte, la política;